



Unamuno vence y el mito de sus palabras sigue en pie

Varios expertos defienden que el choque con Millán Astray en 1936 tuvo calado y que su discurso real casa con lo ya conocido

SERGIO DEL MOLINO, Zaragoza
Todavía es pronto para saber si ha vencido, pero ya se puede decir que ha convencido a medias. Unamunistas e intelectuales han comentado el reportaje publicado ayer en estas páginas, titulado "Lo que Unamuno nunca dijo", que detallaba una investigación del historiador salmantino Severiano Delgado que concluye que la versión popular y más conocida del enfrentamiento entre el filósofo y rector de Salamanca y el general Millán Astray, fundador de la Legión, el 12 de octubre de 1936 es, en realidad, un mito literario. A juzgar por sus opiniones, Unamuno parece que resiste.

El catedrático emérito de la Sorbona Jean-Claude Rabaté y su esposa, Colette, considerados como los especialistas en Unamuno más respetados, concuerdan con que lo que hoy se conoce fue una recreación literaria obra del periodista Luis Portillo. De hecho, no creen que la investigación de Delgado añada nada nuevo a lo ya escrito por ellos en *En el torbellino: Unamuno en la guerra civil* (2018), que complementa la monumental biografía que dedicaron al escritor hace nueve años. Sin embargo, no están de acuerdo en la idea de que aquello fue un tumulto de poca importancia: "No hay que exagerar el episodio, pero tampoco minimizarlo. La realidad es que nunca podremos saber qué dijo Unamuno exactamente. Solo tenemos las 40 palabras que escribió en un sobre mientras los demás intervenían. Sí, la versión es un relato más o menos ficticio y podemos pasarnos la vida discutiendo sobre lo

que dijo o no dijo, pero el espíritu, la idea, permanece, y el mito creado es muy importante, porque escenifica el enfrentamiento histórico entre una memoria republicana y otra franquista", explica Jean-Claude Rabaté.

Andrés Trapiello, quien aborda aquel 12 de octubre en su *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, no solo opina que el mito sigue vigente, sino que, como también dicen los Rabaté, cree que hay pruebas que acreditan que aquel no fue un enfrentamiento menor o vulgar: "Fue enormemente grave, y tal vez la mayor evidencia sea que el

franquismo nunca intentó desmentirlo, como si hizo con García Lorca. Cuando el río suena, agua lleva. También hay un discurso de Millán Astray del 18 de octubre en el que vuelve a hacer una arenga violenta contra los intelectuales, cartas de Unamuno que recogen los Rabaté... Vamos, no niego que se haya hecho literatura con el episodio, pero el mito sigue siendo válido, aunque no se dijeran textualmente las palabras que conocemos".

Que Unamuno fuera a tomar café al casino aquel día, lo que para Delgado probaría que no le dio mucha importancia, no es re-

Un debate vivo que ahora llegará al cine

El debate abierto a partir del trabajo del historiador salmantino Severiano Delgado animará, sin duda, la discusión en el homenaje a Miguel de Unamuno que el Instituto Cervantes ha organizado en su sede en Madrid esta tarde, donde intervendrán, entre otros, el matrimonio Rabaté y Andrés Trapiello.

La sombra del mito se hará más larga cuando el director Alejandro Amenábar ruede en Salamanca el largometraje que está preparando sobre el escritor, una de cuyas secuencias principales transcurrirá en el paraninfo de la universidad para recrear aquel 12 de octubre de 1936. El guion suma ya varias versiones.

levante para Jean-Claude Rabaté, quien asegura que era "algo lógico en un hombre de costumbres", ni para Trapiello: "Es posible que Unamuno no fuera consciente de lo que había sucedido, cosa normal. A menudo, no nos damos cuenta de la importancia de lo que vivimos hasta que ha pasado un tiempo".

Licencia poética

El historiador Andreu Navarra, quien acaba de concluir un libro sobre el Unamuno viajero y ha abordado las relaciones entre los intelectuales antes de la guerra, cree que esa desubicación del escritor se debió a que, "como les pasó a Baroja, a Marañón y a Ortega y Gasset, era un liberal que abrazó tímidamente el franquismo y no entendió su violencia ni fue capaz de preverla". Por ello, ve muy positivo que se "desdramatice" y se presente un personaje "sin etiquetas, que no fue fascista, pero tampoco un héroe".

Otro historiador, Santos Juliá, defiende que las licencias poéticas y los relatos exagerados son vicios propios del periodismo de la época, que tampoco se molestaba por encontrar testigos directos de los acontecimientos: "Los reportajes sobre el fusilamiento de Lorca, por ejemplo, son de una novelaría absoluta. En un contexto tan politizado, es lógico que se escriban relatos que refuerzan la convicción de la maldad del otro y de la santidad del propio. Unamuno murió como mártir y santo, y no tiene nada de extraño que triunfase esa versión, porque era lo que se esperaba de él. No se entendía que no se hubiese unido a la defensa de la República".

Para Rabaté, no está en entredicho "la lucidez de Unamuno" ni su figura de "intelectual castigado por el franquismo". Navarra opina que "la izquierda necesita el mito para poder leerlo y redimirlo". Y Trapiello no tiene intención de cambiar gran cosa en su nueva edición de *Las armas y las letras*: "Añadiré alguna novedad, pero creo que el enfrentamiento conserva su significado".



Unamuno, en 1934 en el Patio de Escuelas de la Universidad de Salamanca. / JOSÉ SUÁREZ

OPINIÓN

El pensador antifranquista

ANTONIO ELORZA

Un extenso reportaje se hizo ayer en este periódico eco de las investigaciones de Severiano Delgado, bibliotecario de Salamanca. Estamos ante un intento de desmitificación, que desestima el famoso discurso de Unamuno del 12 de octubre de 1936, enfrentándose al general legionario Millán Astray, quien supuestamente habría pronunciado los gritos de "¡Mueran los intelectuales!" y "¡Viva la muerte!". Delgado realiza un minucioso trabajo en el cual prueba, y aquí el título del reportaje es explícito, que Unamuno nunca pronunció las conocidas palabras de respuesta a Millán Astray.

El discurso de Unamuno nunca fue recogido íntegramente y gracias a Delga-

do sabemos que su recreación se forja en el exilio (1941). El libro de Hugh Thomas generalizó su difusión desde 1963, si bien mucho antes circulaba ya difusamente mecanografiado en medios universitarios. Pero lo esencial es que desde ese cuestionamiento, Delgado critica la oposición siempre evocada entre el Bien (Unamuno) y el Mal (franquismo).

Solo que las palabras no serían esas, pero los contenidos estaban ahí. A Millán Astray no le irritaron solo las palabras de don Miguel en defensa de vascos y catalanes, unidas nada menos que a la condena de quienes hablaban de la Antiespaña, condena no pronunciada por el legionario, sino la evocación de José Rizal. Y no solamente por ser un heroico patriota fili-

La intervención del filósofo suponía un jaque al rey contra la conducta de los sublevados

pino a quien conoció y estimaba, sino por denunciar el crimen cometido en 1896 por el general Polavieja en Filipinas, culminando una represión contra todo adversario real o supuesto, ejemplo de "la brutalidad agresiva e incivil de los militares" (relato de Vegas Latapie). Era un discurso esópico, donde el blanco inequívoco era el militarismo franquista. Lógica la reacción de Millán Astray: "¡Mueran

los intelectuales traidores!". ¿Y qué decir de la referencia en el discurso unamuniano a las mujeres que en Salamanca iban a contemplar los fusilamientos, con sus escapularios y crucifijos. Por fin, una vez limpiado de envolturas retóricas, su proclamación de "vencer no es vencer", dicho en tales circunstancias, suponía un jaque al rey contra la conducta de los sublevados, a quienes apoyó con fuerza inicialmente. Si cambió de ideas, no fue para redimirse: esta actitud no cabía en Unamuno, tan próximo a su adversario Azaña en cuanto a la exigencia de autenticidad. No menos al denunciar el peligro de "suicidio moral" de España. José Luis Gómez acierta.

La foto de la salida del acto evita cualquier disquisición ulterior y el escrito tardío reproducido por Delgado elimina toda duda. Unamuno rechaza el "régimen de terror" en la otra zona, y también el "bárbaro, anticivil e inhumano régimen de servidumbre totalitaria" que ve nacer. Es un antifranquista.